

Carlos Altamirano (coord.), 2024.
Aventuras de la cultura argentina en el siglo xx.
 Buenos Aires: Siglo XXI. 333 p.

4

Si, por definición, la palabra *aventura* alude a lo contingente, a la peripecia o al suceso, este es claramente un libro de aventuras. Casi como en la literatura clásica, la obra se construye formalmente sobre el recurso de la narración episódica a partir del género ensayístico: un prólogo lanza pistas para la lectura de los veintitrés capítulos que la componen y ofrece al lector la posibilidad del encuentro con una multiplicidad de acontecimientos, hechos e historias hábilmente referidas. La idea de la aventura, sin embargo, atraviesa la compilación en otros sentidos, configurando, así, una apuesta global que se sostiene en varias dimensiones.

Y es que *Aventuras...* busca un efecto de ordenamiento sobre una tradición historiográfica –la historia cultural en Argentina– que, a esta altura, cuenta con más de cuatro décadas de sólida producción académica. En este sentido, el libro se inserta y emerge de un contexto historiográfico de enorme complejidad, diversidad y fragmentación de disciplinas, geografías, métodos y preguntas, al que intenta poner en diálogo sin perder su naturaleza heterogénea y su riqueza heurística. De esta forma, la estrategia aventurera se sostiene en una selección –entre otras posibles– de resultados y avances aportados por el abultado caudal de trabajo en el que convergen múltiples líneas de investigación actualmente en curso en torno a un sinnúmero de aspectos relativos a “la cultura”.

En este último sentido reside, en verdad, la segunda dimensión de la apuesta. De un lado, el trabajo de compilación parte, evidentemente, de una posición teórica en la que “lo cultural” remite a una definición amplia que no sólo se desentiende de las viejas –pero vigentes– nociones de “alta cultura” y “cultura popular”, sino que las disuelve por el propio acto de establecer diálogos intrínsecos entre los diversos fenómenos de la producción simbólica y de ellos con la esfera de lo material: los espectáculos de ópera, las preocupaciones de Paul Groussac y las iniciativas científicas conviven con raciones de ravioles dominicales, las andanzas de Patoruzú, las multitudes convocadas por el radioteatro y Skay Beilinson. El diletantismo, la intelectualidad, lo industrial y lo masivo se entrecruzan, así, en escenarios cotidianos en los que las preocupaciones modernas del campo cultural –la originalidad, la profesionalización, la autonomía, la consagración y el mercado– cohabitan con los procesos de configuración identitaria, de construcción ciudadana, de radicalización política y de militancia disidente. La idea bourdiana respecto de la relativa autonomía de los agentes de la cultura circula aquí como un supuesto que se manifiesta en lo singular de cada relato.

Por otro lado, la estructura y el efecto de orden arriesgan una hipótesis interpretativa de largo aliento mediante la intención de temporalizar y periodizar interna-

mente los procesos culturales en Argentina sin perder de vista la multiplicidad de escenarios que ellos abarcan. En efecto, sostenida por hipótesis y autores ya canónicos –Beatriz Sarlo, Ángel Rama o Néstor García Canclini–, la idea central retoma sus aportes en torno al carácter peculiar, híbrido y mestizo de la cultura latinoamericana para avanzar en una profundización y generalización que, no obstante, encuentra sus marcas propias en los casos argentinos. En este sentido, las contingencias ocurridas en diversos puntos del territorio nacional apuntalan la operación teórica mediante la cual, en términos culturales, es posible definir un siglo xx que se abre en las postrimerías de la centuria anterior y se cierra hacia fines de la década de 1980. En efecto, la aventura no es menor en tanto, mediante el recorte, busca englobar la complejidad de la cartografía cultural argentina borroneando, pero no ignorando, las asimetrías entre la ciudad - centro de la producción y consagración –Buenos Aires– y unos interiores provincianos más o menos articulados mediante redes y vínculos de diversa densidad. Es la misma organización del libro la que expone este supuesto: los veintitrés capítulos se dividen en seis apartados que construyen el decurso cronológico del siglo dividiéndolo a partir de núcleos significativos.

La primera parte se concentra en la “metrópoli moderna” a partir de un juego de diálogos entre biografías, sociabilidades e instituciones: el Teatro Colón y sus públicos, la calle Corrientes y sus prácticas de sociabilidad, las trayectorias diversas de Paul Groussac, Alfonsina Storni y Carlos Ibarguren como sujetos tensados por la complejidad sociocultural de fines del

xix e inicios del xx. La segunda, mucho más extensa que la anterior, profundiza esa complejidad mediante la apertura de temporalidades, geografías y objetos que tienen como denominador común –afirma Altamirano– su carácter urbano. De tal forma, el período de entreguerras es narrado a partir de una doble entrada. En primer lugar, algunos proyectos intelectuales concretos –el Colegio Libre de Estudios Superiores, los Cursos de Cultura Católica y el Frente Único Popular Argentino Antifascista y Antigüerrero– que intrínsecamente anudan la cultura letrada con sensibilidades políticas e inquietudes ideológicas centrales para la época: el antifascismo y el nacionalismo. En segundo lugar, aparece lo que tradicionalmente se ha entendido como “cultura popular” –la radio, el cine, el humor gráfico– pero que aquí se introduce como elemento fundamental para explicar el proceso ampliado por la emergencia de las industrias culturales y los modos de producción, circulación, regulación y consumo a ella asociados que, por lo demás, invocan y transforman las condiciones laborales de los productores.

El curioso subtítulo “Luces interiores” define un nuevo eje a partir de la idea de la diversidad geográfica; si hasta aquí, en mayor o menor medida, las aventuras se desarrollaban en la Capital Federal y en la zona litoral, este apartado lleva al lector a episodios ocurridos en puntos geográficamente distantes de la “metrópoli” –Resistencia, Jujuy, Tucumán, Corrientes y General Roca– entre los años cuarenta y setenta. En conjunto, pero con singularidades, emergen y convergen aquí los núcleos transversales observados a la luz de la histórica asimetría entre los centros y las periferias. Más

allá del cuestionamiento ya clásico a ese modelo explicativo que reduce la relación al sentido unilateral de producción-recepción, los capítulos de este apartado apuntarían mediante la empiria a aquello que en ocasiones se ha sostenido como principio teórico: las tensiones y la circulación casi rizomática entre espacios de mayor o menor desarrollo institucional y la retroalimentación múltiple que ello genera.

A continuación, el libro retorna al litoral y la Capital para abordar un *tópos* casi fundacional para la historia de la cultura en Argentina: “los sesenta”. En términos globales, la sección opera una revisita a algunos de sus hitos clave –las editoriales Eudeba y Jorge Álvarez, el Instituto Di Tella, los círculos de *Contorno* y *Pasado y Presente*– a partir de interrogantes nuevos –las trayectorias individuales de sus gestores, las políticas de institucionalización de la cultura letrada, el desarrollo de las Ciencias Sociales en América Latina y su internacionalización, etc.–, que dialogan con los planteos hechos por autores clásicos sobre el período (v.g., Oscar Terán y Silvia Sigal). Nuevamente, se complejiza la mirada sobre las relaciones de producción-recepción entre Buenos Aires, Córdoba y Santa Fe, en tanto se observan las circulaciones, los préstamos, las solidaridades, los intercambios y los “usos no previstos” entre espacios que, en verdad, se hallaban en proceso de dar forma a sus proyectos y que debatían las posibilidades de articular cultura impresa, modernidad y acción política a partir de “ideas fuera de lugar” desde su singularidad. Finalmente, el apar-

tado “Desobediencias” se adentra en terrenos poco explorados de las décadas de 1970 y 1980: la movida contracultural del *rock* juvenil platense y las prácticas socio-culturales antes y durante la última dictadura cívico-militar son el hilo de otras aventuras en las que la movida *beat* se entrecruza con la persecución y la censura. En este sentido, cobran aquí relevancia fenómenos que frecuentemente se opacan ante la magnitud del horror, como la aparición y la continuidad de formaciones y redes más o menos inestables que, en medio de la represión y el exilio, produjeron y sostuvieron canales, espacios o iniciativas autogestivas operando, así, una relativa resistencia. Se cierra de este modo la apuesta cronológica en tanto –sostiene Altamirano en su prólogo– los procesos de globalización y mundialización de la cultura iniciados a fines de los ochenta transformaron el escenario y movieron los cimientos comunes de las debatidas relaciones entre cultura y política, a la vez que trastocaron los valores compartidos respecto a la acción artística e intelectual.

Por último, a mi entender la aventura de esta obra cobra un sentido actual en la medida en que configura una intervención pública. En un contexto de cuestionamiento global y transversal al rol de los intelectuales, los científicos y los productores culturales, la compilación presenta y argumenta el espesor histórico de sus reflexiones, trabajos y contribuciones a la conformación de la ciudadanía y al bienestar social a partir de la materialidad de sus propias tareas.

Juliana López Pascual

Universidad Nacional del Sur / CONICET